

Conformémonos, pues, hoy, H. M., con este gran pensamiento de la fe, con tan generosos y sublimes sentimientos. Suspendamos por un instante las preocupaciones que nos sujetan á la tierra, y seamos, á lo menos con el espíritu, habitantes del Cielo. Vayamos anticipadamente á probarnos, en cierto modo, la corona, y á tomar posesión del trono que nos aguarda. Todo nos es posible con la gracia; y por lo mismo debemos utilizar el día de hoy para conseguirla. En la solemnidad presente, no negará María cosa alguna; porque la fiesta de la Madre es de mercedes para los hijos. ¡Qué padres hay, que en sus días no se complazcan en hacer regalos, y distribuir á manos llenas favores entre sus hijos! La festividad es, en todo el universo católico, festividad de gracias y mercedes. Paréceme que oigo al Padre Eterno dirigiros las mismas palabras que, según San Bernardo, dirigió á su Hijo al enviarle al mundo, y enseñándole de lejos la Cruz del Calvario, y el Sepulcro: «Vé, Hijo mío, y salva á los hombres. Distingo bien el cáliz amarguísimo que has de beber, porque tu vida será una cadena de tribulaciones; pero en el curso de tu vida evangélica, hallarás un refugio donde tomar aliento y consolación: el refugio que te preparo en el Corazón de María.» Pensad, A. H., en la exactitud con que puede ser aplicada á vosotros esta misma exhortación. Vuestra vida, como la de Jesucristo, es una larga serie de tribulaciones, un continuo penar, una especie de pasión, un perpetuo sacrificio, un holocausto incesante; pero también como á Jesucristo os ha proporcionado Dios una Madre. ¿Qué digo una Madre? Dos son las que os ha concedido, mientras que para guiaros al Cielo no os dió más que un solo Angel. Dos madres tenéis: una en la tierra, la cual ha recibido en su corazón un rayo del divino fuego que arde en el seno de la Santísima Trinidad; y otra en el Cielo, donde ejerce una omnipotencia soberana, y la cual os espera y llama á su lado, haciéndoos comprender que, donde está la Madre, debe también hallarse el hijo.

Pedid, pues, A. H., en este día solemne, en este día de gracias, por todos aquellos á quienes amáis; por vuestros padres, por vuestros amigos, por vuestros difuntos, y por las ánimas del purgatorio. Hoy no debe haber sinó un corazón y un alma entre todos los que celebran devotamente la gloriosa Asunción de María Santísima. Trayendo á la memoria vuestra primera unión con Dios, y las veces que os habéis consagrado á María Santísima, suplicadla muy de veras, que, como amorosa Madre, os tome nuevamente bajo su patrocinio, y que desde el Cielo, donde mora, os envíe su maternal bendición, dirigiéndoos una de sus poderosas miradas que animan y defienden, á fin de que, después de haberla amado, honrado y servido en este mundo con tierna solicitud y ardiente devoción, alcancéis la dicha de verla, tal cual siempre ha sido para vosotros, bondadosa Madre, en la bienaventuranza eterna.

BOSSUET

INSTRUCCION FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN — Entrada triunfal de María en el Cielo.

SUBDIVISIONES.—1. Su Divino Hijo sale á recibirla.—2. Aclamaciones de los Santos.—3. Saluciones de los Santos.—4. Saluciones de los Angeles.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.— Elevación de María en el Cielo.

SUBDIVISIONES.—1. Sobre los Angeles.—2. Sobre los Santos.

Beatam me dicent omnes generationes.
Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

(Luc., 1, 48.)

No sería mejor, A. H. M., que nuestra santa madre la Iglesia, en vez de exhortarnos al regocijo, nos inspirase tristeza, haciéndonos derramar lágrimas de dolor al presentarnos nuestra excelsa Madre abandonando la tierra, y dejándonos privados de su dulce compañía? Pero nó; la Iglesia está en lo justo al invitarnos á que nos regocijemos. Alegrémonos, pues, en el Señor, celebrando la presente festividad en honor de María. He dicho que la Iglesia estaba en lo justo, porque si realmente amamos á nuestra Madre, debe llenarnos de júbilo su gloria, más que de desconsuelo su separación. ¿Quién es el hijo que no se mostraría contento de apartarse de su madre, si supiese que iba ésta á tomar posesión de un reino? María nos deja para ir á ceñirse la corona del Empíreo: ¿cómo no nos hemos de regocijar de su ventura si de veras la amamos? Alegrémonos todos; entreguémonos al júbilo; regocijémonos; y para consolarnos mejor en su ausencia, consideremos: 1.º *Cuán gloriosa fué su triunfal entrada en el Cielo.* 2.º *Cuán elevado está el trono donde se sienta.*

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACION.

ENTRADA TRIUNFAL DE MARÍA EN EL CIELO.

Quando vieron terminada con la muerte de Jesús la obra de la Redención del mundo, suspiraban los Angeles por el regreso de su Señor á la gloria, repitiéndole sin cesar, en sus armoniosos concier. tos, estas palabras de David: «Levantaos, dejando ya vuestro reposo,

Vos y el Arca de vuestra santificación. Levantaos, Señor, ahora que los hombres están ya redimidos, y venid á vuestro Reino celestial; venid Vos y el Arca viva de vuestra santificación;» esto es, vuestra Madre, que es el arca que habéis santificado, morando en ella. «Que María, hace decir á los Angeles San Bernardino; que María, vuestra Madre, suba con Vos, ya que tan santificada fué en el misterio de vuestra Encarnación.» Quiso el Señor, por fin, responder al deseo de los habitantes de la Ciudad celeste, llamanlo á María. Pero si juzgó conveniente en la Ley antigua que el arca del Testamento fuese introducida con desusada pompa en la ciudad de David, conduciendo el arca el mismo David y toda la casa de Israel al són de trompetas y clarines, ¿qué pompa no debería desplegar en la entrada de su augusta Madre en el Cielo? El Profeta Elías fué arrebatado en un carro de fuego, ó, como dicen los intérpretes, por un grupo de Angeles que lo levantaron en el aire; mas para elevar á María, observa el abad Ruperto, no se emplearon uno ni muchos grupos de Angeles, sinó que el mismo Rey de los Angeles descendió á la tierra, juntándose, para acompañar á su Madre, con toda la Corte Celestial.

Lo mismo opina San Bernardino de Sena, pensando que Jesús, para honrar el triunfo de María, bajó en persona para acompañarla al Cielo: Jesús se levantó en su gloria para salir al encuentro á su Madre. San Anselmo explica más esta idea diciendo, que si Jesús quiso preceder á su Madre en su subida al Cielo, fué, no solamente con el fin de disponer el palacio en que había de alojarla, sinó también con el de hacer su triunfo más brillante, formando parte de su comitiva. San Pedro Damiano, parándose á contemplar la magnificencia de la entrada triunfal de María Santísima en el Cielo, afirma que este acto fué más solemne y espléndido que la misma Ascensión de Jesús; porque Jesús no venía acompañado más que de Angeles, mientras que María subió obsequiada por su Hijo, que se unió á la santa Milicia angélica y á los coros de los bienaventurados. A propósito de esto, pone el abad Guerrico en boca del Verbo las palabras siguientes: Para honrar á mi Padre, bajé del Cielo á la tierra; y para honrar á mi Madre, subí de la tierra al Cielo á fin de acompañarla en su gloriosa Asunción.

Parémonos por un momento, H. M., á contemplar al Salvador descendiendo de las mansiones eternas para recibir á su Madre Santísima, é invitándola á que le siguiese, con aquellas regaladas frases de los Cánticos: «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, toda hermosa, porque el invierno pasó ya y sus rigores han cesado. Ven, Madre mía, paloma pura y llena de atractivo; levanta el vuelo hacia mí, y deja ese valle de lágrimas en donde tanto has penado. Ven del Líbano, Esposa mía; ven á recibir la corona que tengo guardada para ti. Ven en cuerpo y alma á gozar de la recompensa de tu santa vida. Mucho has padecido; pero la gloria que te espera sobrepaja en mucho á tus padecimientos. Ven conmigo á ser la Reina del Universo.»

María deja la tierra elevándose á los Cielos; mas no olvidando los peligros y desgracias á que quedan expuestos sus amados hijos, vuelve á ellos sus ojos llenos de amor y compasión. Jesús la da su mano, y juntos atraviesan los aires, las nubes, y las celestes órbitas, hasta llegar á las puertas de la eternidad. Los Angeles de la comitiva entonces, como aludiendo á que en la entrada de los monarcas en su reino no se contentan con abrir sencillamente las puertas de la ciudad sus moradores, sinó que suelen arrancarlas para dejar mayor espacio, repitieron, al llegar María á la celestial Jerusalén, las mismas voces que habían dado en la Ascensión de Jesucristo, cuando gritaban: «Levanted vuestras puertas, Príncipes de la Corte Celestial; y elevaos vosotros, oh puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.» Esto repiten ahora en armonioso concierto dirigiéndose á los bienaventurados: «Príncipes, les dicen, quitad las puertas, ensanchad el paso, que la Reina de la Gloria va á entrar en el gozo del Señor.»

Entra en efecto María, atrayéndose la extática contemplación de sus felices habitantes. Apenas la ven los Santos, cuando, asombrados de su esplendor y perfectísima belleza, exclaman, dice Orígenes, dirigiéndose á los Angeles: «¿Quién es ésa que se levanta del desierto, rebosando delicias y reclinada en su Amado? ¿Quién es esa criatura tan perfecta é inmaculada, que se eleva del mundo, lugar desierto de felicidades y lleno de tribulaciones? ¿Quién es esa mujer tan rica de gracias y virtudes, que se adelanta sostenida por el Señor? Es, responden los Angeles de la comitiva, la Madre de nuestro Rey inmortal; es nuestra Reina, es la Mujer bendita entre todas las mujeres, es la Santa de las Santas, la amada de Dios, el Espejo sin mancha en donde se reflejan las divinas perfecciones, es la criatura más hermosa de toda la creación.» Al escuchar tales elogios los Santos, la bendicen y ensalzan, aplicándola las aclamaciones que los hebreos dirigieron á Judit, y con más razón que ellos: «Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, y la honra de nuestro pueblo.» Bien venida seas, Soberana del universo, gloria del paraíso, alegría de la patria celestial, y nuestra más preciada honra. Bendita seas por siempre. Reina sobre nosotros; que desde ahora nos declaramos tus súbditos y nos disponemos á servirte.

Los Santos de la bienaventuranza se aproximaron á María inmediatamente como á su Reina; las Vírgenes se le presentaron llamándola dichosa, y entonando cánticos sublimes de alabanza: También nosotras, dijeron, somos aquí reinas; pero Vos sois nuestra Emperatriz, puesto que de Vos aprendimos á consagrar al Señor la virginal pureza que nos corona. Os bendecimos, os damos gracias, y os reconocemos por Soberana nuestra. Los Confesores y los Mártires la saludaron asimismo, como á Reina, declarando haber aprendido de María, unos las virtudes que practicaron, y otros la fortaleza con que vencieron á sus verdugos; fortaleza de que la Madre de Dios había dado tan admirable ejemplo en la Pasión del Redentor. Santiago, el único Apóstol que se hallaba ya en el Cielo, dió las gracias á María en nombre

de sus hermanos, por la eficaz cooperación y constante apoyo que de Ella habían recibido en sus tareas apostólicas. Vinieron luego los Profetas, gozosos al ver á la que había realizado gran parte de sus vaticinios. Siguiéron después los Patriarcas, quienes la saludaron con exclamaciones de júbilo: ¡Oh María! la dijeron. ¡Tú fuiste nuestra esperanza y el objeto de nuestro suspiro! Pero los que acudieron á saludar á María con más entusiasmo y gratitud, fueron los Padres del género humano, Adán y Eva: ¡Hija querida! la dijeron: ¡Tú has reparado el mal que causó á toda la humanidad nuestro pecado! ¡Tú reconquistaste para el mundo la gracia que nosotros le habíamos hecho perder! ¡Tú nos has salvado á todos! ¡Bendita seas, gloria de nuestra descendencia!

El venerable anciano Simeón, al saludar á su vez, trajo á la memoria de la Virgen el día en que recibió de sus manos á Jesús Niño. Los Santos Isabel y Zacarías la dieron también gracias por las que les trajo con su Visitación. San Juan Bautista mostróse agradecido, porque fué santificado por medio de la palabra de María. Y ¿con qué expresiones saludarían á la Virgen Santísima sus regocijados padres, Santa Ana y San Joaquín? ¿Con cuánto cariño la dirían: Inmensa es nuestra felicidad en tenerte por Hija; pero no es menos grande la que sentimos al aclamarte hoy como Soberana nuestra, por haber sido Madre de Dios! Te saludamos, Hija, y nos honramos con poder darte este tierno nombre! Pero el que mayor gozo sintió al ver entrar á María tan gloriosa y obsequiada, fué San José, su afortunado esposo. ¡Con cuánto amor la diría: ¡Oh Soberana! ¿Cómo podré agradecer bastante á Dios la dicha de haber unido mi suerte á la de la Mujer excelsa que estaba elegida para Madre del Verbo Eterno, y á ti la ocasión de cuidar en la tierra de la infancia de Jesús á quien tantas veces abracé y de quien tan particulares gracias recibí? ¡Dichosos los años de mi vida que consagré al servicio de Jesús y al vuestro, oh Santa Esposa mía! ¡Ahora nos consolamos de la pena que sentimos al ver á nuestro buen Jesús recostado en el pesebre de Belén, y padeciendo en su niñez las privaciones á que mi pobreza le obligaba! Héle ahí, vencedor del mundo, sentado á la diestra de su Padre, como corresponde al que es Rey de Cielos y tierra. No volveremos á perderle, como en otro tiempo, ni tendremos necesidad de separarnos de él en adelante. Por toda una eternidad estaremos junto á Jesús, amándole y tributándole bendiciones y alabanzas.

Los ejércitos de Angeles vienen después á saludar á María como Reina del Cielo, quien les da gracias por la asistencia que la habían dispensado en la tierra, y en particular al Arcángel San Gabriel, primer instrumento de su elevación, en cuanto fué quien la anunció la venturosa nueva de haber sido elegida Madre de Dios.

El recibir María tantas felicitaciones no la impidió postrarse ante la Majestad Divina, abismada en el pensamiento de su pequeñez, dando gracias á Dios de las mercedes de que la había colmado, singularmente de la de haberla hecho Madre del Verbo Eterno. La San-

tísima Trinidad la recibió con amor, bendiciéndola para siempre. ¿Quién podrá, no decir, pero ni siquiera comprender, el modo cómo acogió el Padre Eterno á su Hija más amada; el Hijo á su cariñosa Madre, y el Espíritu Santo á su Inmaculada Esposa? El Padre la llama á participar de su poder; el Hijo la comunica su sabiduría, y el Espíritu Santo acrecienta en ella su caridad. Las tres divinas Personas, colocando el Trono de María á la diestra de Jesús, la proclaman Emperatriz de Cielos y tierra, ordenando á los Angeles y á toda criatura la reconozcan, sirvan y obedezcan como á su Soberana.

Acabo de hacer mención del Trono de María. El orden del discurso me conduce á tratar de la elevación de la Santísima Virgen en los Cielos, que es la materia de la

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

ELEVACIÓN DE MARÍA EN EL CIELO.

Si el entendimiento humano, como San Bernardo dice, no puede llegar nunca á comprender la gloria que en el Cielo tiene preparada Dios á los que le aman en la tierra, según el pensamiento del Apóstol, ¿quién será capaz de imaginarse la que preparó el Verbo divino á su querida Madre, que desde el primer instante de su existencia le amó más que todas las criaturas juntas? Con razón canta la Iglesia en el Oficio divino, que María, por haber amado á Dios más que todas las criaturas, fue levantada en el Cielo sobre todos los Angeles. Elevada está la Madre de Jesús sobre las gerarquías angélicas, dice el abad Guillermo, de tal modo, que no tiene sobre sí en los Cielos sino á Jesús su Hijo, porque es Dios.

Opina el sabio Gerson, que con independencia de los tres principales órdenes de Angeles que admiten Santo Tomás y San Dionisio, forma la Madre de Dios una gerarquía aparte, que es la más alta, la primera después de la Divinidad. El dictamen de San Antonino corrobora esta opinión: «Así, dice, como la señora se diferencia de sus siervos, así también María está elevada sin comparación sobre los Angeles, por cuanto María es Reina de ellos, y debe por lo mismo, haber sido colocada sobre todos los coros celestiales.» Para entender bien ésto, basta recordar que David había dicho que la Reina estaba situada á la derecha del Hijo; palabras que San Atanasio cree equivalentes á estas otras: María está sentada á la diestra de Dios.

No cabe género de duda, dice San Ildelfonso, en que las obras de María Santísima sobrepujan incomparablemente en mérito á las de todos los Santos, y por lo mismo no debe haberla tampoco en la alta estimación en que Dios tiene las obras de María, y en la incomparable gloria con que las premia. Si es cierto, pues, que Dios recom-

pensa el mérito en razón á su magnitud, según San Pablo, en aquellas palabras, «dá á cada uno con arreglo á sus obras,» María que excede en mérito á los Angeles y á los hombres, tiene que haber sido elevada sobre todos los órdenes celestes. San Bernardo pone el sello á esta piadosa doctrina, diciendo que la gracia de que ha sido adornada María en el Cielo corresponde exactamente á la que gozó en la tierra.

La gloria de la Santísima Virgen, dice un escritor piadoso, fué una gloria mucho más completa que la que tienen los demás Santos en la bienaventuranza. En efecto, éstos poseen en la celestial mansión alegría y paz perfectas; pero podrían poseerlas en más alto grado si, durante su vida, hubiesen puesto más constancia y mayor fidelidad en servir á Dios, de modo que, si los Santos fuesen capaces de desear más de lo que tienen, sin duda sentirían no haberse procurado algunos grados más de gloria. Es igualmente cierto que las faltas pasadas no se expían en el Cielo con pena alguna, que no tiene cabida allí, y por lo mismo, que los Santos no pueden sentir disgusto por no haber empleado todo el tiempo de su vida, ó por no haberle empleado mejor en la práctica de todas las virtudes; pero aún así, no se me negará que el recuerdo de una vida constantemente pura del más leve defecto, de una existencia consagrada enteramente y sin el más ligero desperdicio á la gloria del Señor, debe contribuir al aumento de la interior satisfacción de los bienaventurados. En este sentido no hay otra, sinó María, que nada tenga que desear en el Cielo. Solamente María, dice San Agustín, entre todos los moradores de la Corte Celestial, tiene derecho para gloriarse de no haber jamás pecado. María, efectivamente, según declara el Santo Concilio de Trento, no cometió nunca falta de ninguna especie, ni tuvo la más leve imperfección. Y no solamente no perdía porción alguna de la divina gracia, sinó que en ningún tiempo la tuvo ociosa, puesto que ni ejecutó acción, ni articuló palabra, ni tuvo pensamiento, ni respiró siquiera una sola vez, sin que todo esto lo hiciese por Dios, y á su mayor gloria. Ni por un instante se detuvo nunca en las vías del Señor, inutilizando alguno de sus beneficios; al contrario, correspondió constantemente á la gracia, amando constantemente á Dios con todas sus facultades, de manera, que puede decir hoy á Dios en el Cielo, que si no le amó tanto como El se merecía, le amó todo lo que pudo.

No todos los Santos, dice el Apóstol, han recibido las mismas gracias: pero todos merecieron entrar en la gloria, respondiendo á la parte de gracias que se les había otorgado: unos trabajando en la salvación de las almas, otros llevando una vida penitente, otros desafiando los tormentos, otros, en fin, entregándose á la vida contemplativa. Esto hace que la Iglesia, al hablar de cada uno de ellos en el oficio de su festividad, diga: No se ha encontrado quien se le asemeje; y la gloria de que en el Cielo disfruta, es proporcionada á sus méritos; pues, á la manera que las estrellas se diferencian entre sí,

del mismo modo los Apóstoles se distinguen de los Mártires, los Confesores de las Vírgenes, y los que no han perdido la inocencia, de los penitentes. Pero María, como poseyó todas las gracias, sobrepujó en virtudes á todos los moradores de la celestial Jerusalén. Fué Apóstol de los Apóstoles, y Reina de los Mártires, por haber padecido más que todos ellos; fué la primera de las Vírgenes, y modelo de las esposas; reunió en sí, en el más alto grado, la inocencia y la mortificación; juntó, por fin, en su alma todas las virtudes que los Santos practicaron, hasta las más heróicas. A esto aludió David, cuando dijo: «La Reina está colocada á la diestra, vestida ricamente con un traje de oro, y engalanada con variedad de preseas;» dando á entender que todos los méritos y gracias de los demás Santos se hallan en María notablemente acrecentados.

De este dictamen es también San Basilio cuando dice, que así como el brillo del sol eclipsa la luz de los demás astros, así también la gloria de la Madre de Dios oscurece en cierto modo la de los demás bienaventurados. Lo mismo viene á decir San Pedro Damiano, valiéndose de la propia comparación. Los Santos, como observan San Bernardino de Sena y San Bernardo, participan de la gloria divina; pero María la recibe con tal abundancia, que parece imposible pueda identificarse más estrechamente con Dios, en cuanto criatura. Todavía puede añadirse el pensamiento de Alberto el Grande, de que la Reina del Cielo contempla á Dios de más cerca é incomparablemente mejor que los espíritus celestes. El mismo San Bernardino dice también de María, que comunica á los bienaventurados la luz y el gozo, á la manera que el sol alumbra con su resplandor á los astros que giran debajo de él. Y en otra parte asegura, que la Virgen Santísima, al entrar en el Cielo, aumento el júbilo de los bienaventurados que en él había. No se extrañará después de esto el juicio de San Pedro Damiano y de San Buenaventura: los Santos en la gloria, dice el primero, no tienen dicha más grande, después de la contemplación de Dios, que la presencia de María. Después de Dios, dice el segundo, todo nuestro regocijo y nuestra gloria vienen de María.

Alegrémonos, pues, A. H., con María de la elevación del trono en que Dios la ha hecho sentar. Regocijémonos por nosotros mismos, pues si nuestra Madre nos priva hoy de su compañía subiendo al Cielo, no nos deja privados de su amor; al contrario, se acerca más al Omnipotente para poder ejercer con nosotros una protección más eficaz, para ver mejor nuestras miserias y mejor compadecerse de nosotros. «¿Por ventura, dice San Pedro Damiano hablando con María, el haber sido Vos elevada á tan alto puesto en los Cielos, había de ser causa de que os olvidaseis de nosotros?—Nó, se responde el mismo Santo; y nunca Dios permita que nos ocurra semejante pensamiento. Vivamos convencidos de que un Corazón tan tierno como el de nuestra Madre, no puede dejar de compadecerse de miserias tan grandes como las nuestras.» Y San Buenaventura añade, que si la misericordia de María fué grande para los hombres en este mun-

do, necesariamente ha de ser mayor ahora que reina en los Cielos. Consagrémonos sin reserva, H. M., á servir, honrar y amar de todas veras, y con todas nuestras facultades, á María Santísima, coronada hoy como Reina por su Hijo. La celestial Soberana no se parece á los de la tierra, como observa Ricardo de San Lorenzo, los cuales no saben favorecer á unos súbditos sin gravamen de los otros, sinó que prodiga á los que la sirven gracias y favores de toda especie, sacándolos de los tesoros divinos que en su mano tiene. Acudamos, pues, á María, dirigiéndola con el Abad Guerrico esta plegaria: «¡Oh Madre de misericordia! Pues que ocupáis cerca de Dios el trono de Reina del universo, enviad sobre nosotros alguno de los regios dones de que podéis disponer. Ya que estáis sentada á la mesa del Señor, acordaos cuando os hayáis saciado de la gloria de vuestro Divino Hijo Jesús, de nosotros, pobres mendigos, que lo esperamos todo de vuestra misericordia, y dejad caer alguna particilla de vuestros regalos, que nos sostenga en esta vida y nos prepare para recibir la eterna. Amén.»

LATOUR.

DISCURSO

PARA EL DÍA 16 DE MAYO.

EL SANTÍSIMO ROSARIO.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Institución del Santísimo Rosario.

SUBDIVISIONES.—1. Institución.—2. Efectos.

PUNTO SEGUNDO.—Excelencia del Rosario.

SUBDIVISIONES.—1. Oraciones de que se compone.—2. Frutos y gracias que alcanza.

Ave, gratia plena.
Dios te salve, llena de gracia.
(Luc. 1, 28.)

AL establecer su Iglesia Nuestro Señor Jesucristo, no la constituyó únicamente en guardadora de sus mandamientos, quiso ante todo, que el foco de amor que puso en ella se dilatara y engrandeciera sin cesar; que, como El, supiese darse toda para todos, y que en una palabra, fuera Madre. ¡Ah! Ciertamente, H. M., la Iglesia ha respondido dignamente al pensamiento de su divino Fundador. Jamás hubo madre alguna más llena de solicitud y de amor hacia sus hijos. Su ternura brilla principalmente en la multiplicidad y en la variedad de las prácticas que nos propone. Ingeniosa, como lo son todas las madres, sabe proporcionar las prácticas á las necesidades, á los gustos, á la índole de cada uno. Sus devociones no son obligaciones con que nos quiera sobrecargar, sinó medios que nos proporciona para hacernos más fácil el cumplimiento de los preceptos divinos; son auxilios que ofrece á nuestra miseria, para hacernos más dulce todavía el yugo, ya por sí mismo tan dulce, del Salvador Jesús.

Las prácticas de piedad, H. M., son auxilios y medios. Y sin hablar aquí de otras especies de devoción, ¡cuántas riquezas no ofrece el culto de María! ¡Qué preciosos modelos para todas las edades, para todas las condiciones! ¡Qué Corazón más tierno y más compasivo, qué Abogada más poderosa cerca de Dios su Unigénito! Sí, hacia María es donde la Iglesia trata de dirigir el corazón de sus hijos. A todas las vírgenes, como á todas las almas castas, habla deliciosamente